"CON-DESCENDECIA" CRISTIANA

DOMINGO XXII PER ANNUM

(2 septiembre 2007)

Un sábado, entró Jesús en casa de uno de los principales fariseos para comer, y ellos le estaban espiando. Notando que los convidados escogían los primeros puestos, les propuso esta parábola:

Cuando te conviden a una boda, no te sientes en el puesto principal, no sea que hayan convidado a otro de más categoría que tú; y vendrá el que os convidó a ti y al otro y te dirá: Cédele el puesto a éste. Entonces, avergonzado, irás a ocupar el último puesto.

Al revés, cuando te conviden, vete a sentarte en el último puesto, para que, cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba. Entonces quedarás muy bien ante todos los comensales.

Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.» Lucas 14, 1. 7-14

No es a nosotros sino a Dios, a quien en definitiva compete asignarnos el lugar adecuado y merecido. Ni siquiera en las manos de Cristo está el conceder a Juan y a Santiago los primeros puestos que ellos pretenden en el Reino de Dios. Lo que sí sería pecado de lesa Iglesia, pecado "contra naturam" eclesial, es no dar a los pobres el lugar preferencial y concederlo, en cambio, al que, como dice Santiago, "va bien vestido y hasta con anillos en los dedos".

Eso sí : hacer oposiciones al ínfimo lugar para convertirse en siervo de siervos es, en cristiano, ascender meteóricamente y hacer carrera del mejor calibre. Porque es del gusto de dios "levantar del estiércol al pobre y sentarlo con los príncipes de la tierra". Algo parecido a lo que les ocurre a la buena madre y al buen padre que, por ser esclavos de todos sus hijos, se convierten merecidamente en los señores de la casa.

Y es que por ahí debe caminar todo intento de comunidad eclesial, todo proyecto de convivencia evangélica, toda celebración de la asamblea del Señor. Sólo en la medida en que la comunidad creyente elija los últimos puestos y los pobres sean los primeros invitados, en esa proporción tendrá Cristo un puesto destacado en el corazón de los creyentes.

Esto, naturalmente, resulta a contrapelo y paradójico, porque es en hábitos de competividad y zancadillas, de precedencias y escalafones , de inhibición e

insolidaridad, en lo que estamos mayoritariamente educados e instalados los hombres de la sociedad presente. Y es también en lo más hondo de nuestro ser humano, donde todo hombre tiene instalado un trono para sí, y desde donde dopados tomamos carrerilla de cara al acoso y al asalto del estrellato social.

Considerar, pues, a los demás más que a uno mismo, no considerar impuros y marginales a cuantos normalmente marginamos de nuestro afecto efectivo, convertir a los más desasistidos en el objetivo de nuestras ocupaciones y preocupaciones... es el principio, el medio y el fin más adecuados en la Iglesia para no perder el lugar que graciosamente Cristo le asignó en este mundo. Sólo sirviendo como sierva a los demás y siendo los débiles su gran "debilidad", merecerá del Anfitrión universal escuchar ruborizada: Amiga, sube más alto. Y sólo entonces la Iglesia subirá en cotas de aceptación y credibilidad, quedando muy bien ante todos los comensales del mundo. Y todo, porque con valentía dio testimonio de Cristo resucitado que vino no para ser servido sino para servir y que, siendo rico, se hizo pobre para enriquecer a todos.

Juan Sánchez Trujillo